



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

19 de Julio de 2026

Verdadera y Falsa Conversión (p.3)

**Florence
Nightingale-**
E. G. White (p. 10)

**La Cuestión
Oriental en el
Fin (Dan 11)- J.
García (p.12)**

**Auto-examen del
Mensaje de 1888
(p.20)**



**¿Has recibido
el mensaje de 1888?**





¿Está usted realmente convertido, o solo actúa como buen cristiano?

Esa pregunta debería quitarle el sueño. Jesús fue tajante: "Por sus frutos los conoceréis." No por profecías, no por milagros, no por lágrimas fingidas en el altar. Hay conversos que lloran, hablan en lenguas, dan estudios bíblicos... y jamás restituyen ni confiesan ni renuncian al pecado que los domina. Eso no es reavivamiento: es teatro espiritual, y usted podría estar aplaudiendo desde la butaca.

Florence Nightingale lo dijo sin rodeos: la enfermedad rara vez es fatalidad misteriosa, sino el resultado de respirar aire viciado por comodidad. Ella exigía ventanas abiertas, luz y limpieza, mientras casi todos preferían el encierro cómodo antes que el cambio incómodo. ¿No hacemos lo mismo con la verdad espiritual: preferir el aire viciado de la tradición antes que abrir la ventana a la reforma?

Mientras tanto, el mundo avanza tal como Daniel 11 lo anunció hace siglos. Turquía, Rusia, Irán, Jerusalén: la Cuestión Oriental que los pioneros explicaron con precisión se cumple ante nuestros ojos, y casi ningún predicador se atreve a mencionarla. ¿Comodidad, o ignorancia?

Y aquí lo incómodo: ¿ha recibido usted el mensaje de 1888? No el discurso de memoria, sino la justicia de Cristo hecha vida real, con frutos que se vean. Autoexámínesse hoy, no mañana. ¿Responderá con total honestidad, o seguirá cómodo en la apariencia religiosa? Cuéntenos: ¿está usted realmente convertido, o solo actuando?

Suyos en Cristo, los Editores

EDITORIA:

www.antorchaprofetica.site

DIRECTOR:

John García.

johngarcia144000@gmail.com

+34.650.86.38.11

YOUTUBE:

[https://www.youtube.com/](https://www.youtube.com/@antorchaprofetica)

@antorchaprofetica

INSTAGRAM:

[https://www.instagram.com/](https://www.instagram.com/antorchaprofetica/)

antorchaprofetica/

FACEBOOK:

[https://www.facebook.com/](https://www.facebook.com/LaAntorchaProfetica)

LaAntorchaProfetica



Verdadera conversión versus falsa conversión

El contexto de este estudio

El tema que nos ocupa hoy es la verdadera conversión frente a la falsa conversión. Su importancia radica en que hemos venido estudiando, en las últimas semanas, varios asuntos proféticos relacionados con el origen de los problemas que afligen al mundo. En una ocasión anterior estudiamos quién es el causante de los terremotos y los sismos —a propósito de lo ocurrido recientemente en Venezuela— y comprobamos que no es Dios, sino Satanás, quien obra estos males. Él ha alcanzado poder sobre ciertos lugares porque estos han rechazado a Dios y su ley; cuando esto sucede, Dios se aparta y Satanás puede actuar.

También estudiamos la semana pasada que la causa de que el mundo haya rechazado la ley de Dios reside en las iglesias, pues fueron ellas las que desearon el mensaje que Dios envió en 1844 —el mensaje del primer ángel, cuyo

propósito era sanar a las iglesias—. Al rechazarlo, cayeron y se convirtieron en Babilonia.

Hoy queremos abordar un capítulo más tratando la verdadera y la falsa conversión, los reavivamientos verdaderos y los falsos, a fin de que cada uno pueda evaluar, a la luz de la Palabra, si está verdaderamente convertido y si las iglesias o los grupos a los que asiste viven un auténtico o un falso reavivamiento. Veremos cómo este tema se relaciona directamente con lo ya estudiado.

El principio de Mateo 7: por sus frutos los conoceréis

Volvamos al texto de nuestra lectura bíblica, Mateo 7:20-21, donde Jesús establece un principio: "Por sus frutos los conoceréis" (Mateo 7:20). El contexto se remonta al versículo 15, donde se advierte contra los falsos profetas: aquellos que vienen vestidos de oveja, con apariencia de cordero, pero que por dentro son lobos rapaces y hablan como

el dragón. Jesús enseña que al falso profeta no se le reconoce por su profesión de fe, sino por su fruto. A continuación viene la analogía: todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el árbol malo, frutos malos; el buen árbol no puede llevar frutos malos, ni el árbol malo, frutos buenos (Mateo 7:17-18). No existen árboles intermedios: o son buenos o son malos.

Tras esta analogía, Jesús retoma el tema de los falsos profetas y lo extiende ahora a las falsas iglesias: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (v. 21). Aquí Jesús especifica cuál es el verdadero fruto: hacer la voluntad del Padre, en contraste con el falso fruto de quienes solo invocan su nombre.

En el versículo 22, Jesús amplía la idea: muchos —no pocos— dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" Y él les responderá: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (v. 23). Estos falsos profetas no solo invocan el nombre del Señor, sino que también exhiben un fruto aparente: profecía, expulsión de demonios y milagros. Sin embargo, son llamados "hacedores de maldad" —es decir, transgresores de la ley—, lo que revela que no hacían la voluntad de Dios.

Así, el verdadero fruto al que se refiere Jesús no es hacer milagros, ni lanzar fuera demonios, ni profetizar, sino guardar la ley de Dios. Cuando Cristo dice "apartaos de mí, transgresores de la ley", está indicando que quienes hacían milagros pero menospreciaban la ley de Dios están perdidos y son, en realidad, falsos profetas.

La clave del asunto

Aquí entra la clave de nuestro estudio: el verdadero reavivamiento no consiste en profetizar, en lanzar fuera demonios ni en hacer milagros. Hay iglesias que enseñan que se posee el Espíritu Santo si se habla en lenguas, e incluso inventan un supuesto don de lenguas —una jerga sin sentido— que hacen pasar por un don genuino. Y son, precisamente, esas mismas personas las que sostienen que la ley de Dios ha sido abolida. Esto es un falso reavivamiento.

Cabe entonces preguntarse: ¿en qué consiste un verdadero reavivamiento? ¿Qué caracteriza a una verdadera conversión? ¿Cómo saber si estamos realmente convertidos o si pertenecemos a esos grupos que no lo están?

Primera señal: la tristeza según Dios

Leamos un texto clave: 2 Corintios 7:9-11. Pablo dice a la iglesia de Corinto: "Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque el dolor que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, del cual no hay que arrepentirse; pero el dolor del mundo produce muerte" (v. 9-10).

Pablo distingue así dos clases de tristeza. La tristeza según el mundo surge cuando alguien no puede hacer lo que deseaba —cometer alguna maldad o enriquecerse de manera indebida— y por ello se entristece o se molesta. La tristeza según Dios, en

cambio, aparece cuando la persona se entristece porque ha pecado, porque ha transgredido un mandamiento divino. Esa tristeza es la que produce arrepentimiento, y constituye una de las primeras señales de la verdadera conversión.

Segunda señal: la restitución

Otra señal aparece en Ezequiel 33:15: "Si el impío restituyere la prenda, devolviera lo que hubiere robado, caminar en los estatutos de la vida, no haciendo iniquidad, vivirá ciertamente y no morirá."

Este pasaje enseña que la verdadera conversión no consiste solamente en entristecerse por el pecado, sino también en restituir el daño causado. Todo pecado ocasiona un daño, tanto hacia Dios como hacia el prójimo — como se observa en José cuando, tentado por la esposa de Potifar, reconoció que ese pecado significaría un mal contra Dios y contra su amo—. Por tanto, cuando alguien reconoce su pecado y Dios obra en él una verdadera conversión, surge de manera espontánea el deseo de reparar el daño causado. En el caso de Ezequiel, el pecado era el robo, y la restitución consistía en devolver lo robado.

El ejemplo bíblico de esta restitución se encuentra en Zaqueo, publicano y cobrador de impuestos que, como otros de su oficio, aumentaba el cobro para su propio beneficio. Lucas 19 narra que, siendo rico, quiso ver a Jesús y subió a un árbol; Jesús le pidió alojarse en su casa, lo que provocó críticas por parte de quienes lo rodeaban. Fue entonces cuando Zaqueo, puesto en pie, declaró: "He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he

defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado" (Lucas 19:8), es decir, cuatro veces lo tomado.

Este gesto refleja que el verdadero arrepentimiento restituye lo robado, procurando resarcir el daño causado — considerando incluso el valor que ese dinero habría tenido con el paso del tiempo—. Jesús no reprochó a Zaqueo por excederse, sino que declaró: "Hoy ha venido la salvación a esta casa... porque él también es hijo de Abraham" (v. 9), reconociendo en su acción la evidencia de una genuina conversión. Este principio se extiende a cualquier ofensa: si alguien ha hablado mal de un hermano o ha dado falso testimonio, al arrepentirse debe no solo pedir perdón, sino también acudir a quienes recibieron ese testimonio para procurar reparar el daño causado, pues el chisme destruye. Quienes carecen de estos frutos de arrepentimiento pueden seguir orando, haciendo milagros, profetizando, dando estudios bíblicos y aparentando vivir correctamente, pero llegará el momento en que el Señor les dirá: "Apartaos de mí, hacedores de maldad."

Tercera señal: la confesión

Otra evidencia de la verdadera conversión se halla en 1 Juan 1:9: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad."

Aquí aparece la confesión, ya presente en el caso de Zaqueo: al declarar públicamente "si en algo he defraudado a alguno", reconocía su condición de defraudador y confesaba su pecado de manera pública, puesto que había sido público. Así, la promesa de restitución fue parte de esa confesión, y la restitución misma se ejecutó después.

Cuarta señal: la reforma del carácter

Una reforma adicional se encuentra en 1 Pedro 3:3-4: "Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios."

El cristiano verdaderamente convertido no busca la vanidad ni el adorno exterior, sino embellecer el corazón, el carácter. El libro *El conflicto de los siglos*, en su capítulo titulado precisamente "La verdadera conversión", en el cual se basa también este estudio, describe así a los cristianos genuinamente convertidos: aman lo que antes aborrecían y aborrecen lo que antes amaban; los orgullosos y tercos se vuelven mansos y humildes de corazón; los vanidosos y arrogantes, serios y discretos; los profanos, piadosos; los borrachos, sobrios; los corrompidos, puros. Las vanas costumbres del mundo quedan a un lado. Los cristianos no buscan el adorno externo del cabello rizado, las joyas de oro o la ostentación en el vestir, sino el ornato oculto del corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo, hermosura estimada delante de Dios. Estas son, entonces, las evidencias de la verdadera conversión y el verdadero arrepentimiento obrado por el Espíritu Santo: tristeza según Dios, restitución, confesión y reforma del carácter.

Las características del falso reavivamiento

El falso arrepentimiento, en cambio, carece de todo esto: no hay tristeza por el pecado, no hay confesión, no hay restitución. Solo existe —como ya vimos

en Mateo 7— la ignorancia de la voluntad de Dios y la obra de iniquidad, sustentadas en señales como la profecía, la expulsión de demonios y los milagros (Mateo 7:21-23).

Otro texto que aborda la falsa conversión de los últimos tiempos es 2 Timoteo 3. Pablo escribe: "En los postreros días vendrán tiempos peligrosos; porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios" (v. 1-4).

Aunque esta lista podría parecer una descripción de personas alejadas de la fe, el versículo 5 aclara que Pablo describe a personas religiosas: "Que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; apártate también de estos." Son peligrosos precisamente porque se camuflan de cristianos —se visten de oveja, como advirtió Jesús—, mientras por dentro son avaros, vanagloriosos, soberbios, ingratos e impíos. Quien no asiste a la iglesia ni aparenta religiosidad resulta menos peligroso, porque ya está identificado; el riesgo mayor proviene de quienes, siendo iguales por dentro, ostentan apariencia de piedad.

Maestros conforme a las concupiscencias

En 2 Timoteo 4:3-4, en la misma carta y el mismo contexto, Pablo añade: "Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina" —es decir, lo que está escrito en la Biblia—, "antes, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias

concupiscencias." Esta "comezón de oír" describe el gusto por escuchar algo nuevo, la insatisfacción con la doctrina de siempre.

Estos maestros enseñan conforme a los deseos de sus oyentes: quien quiere ser cristiano y avaro encuentra la llamada doctrina de la prosperidad; quien desea ser cristiano y vanaglorioso, o soberbio, o desobediente a sus padres, o calumniador, o intemperante, halla predicadores dispuestos a acomodar el mensaje a esa concupiscencia. Un ejemplo de intemperancia es la enseñanza que sostiene que basta con orar sobre alimentos declarados inmundos por la ley —como el cerdo— para que la oración los "limpie", permitiendo así continuar comiéndolos sin restricción.

Estos maestros "apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (v. 4). Es decir, en lugar de la sana doctrina bíblica, predicán fábulas: historias inventadas, en ocasiones basadas en hechos reales, pero desprovistas de contenido bíblico, más propias de discursos motivacionales que de la predicación de la Palabra. Esto ya está profetizado, y corresponde a los falsos reavivamientos y los falsos maestros.

La imaginación y las emociones vacías

El conflicto de los siglos añade una cita que cierra esta idea: los avivamientos populares son provocados con demasiada frecuencia por la imaginación, mediante llamamientos que excitan las emociones y la inclinación por lo nuevo y extraordinario —recurriendo a recursos como la música ambientada según el tono del mensaje, convirtiendo el culto en un espectáculo—.

El resultado es que los conversos ganados de este modo manifiestan poco deseo de escuchar la verdad bíblica, poco interés en estudiar las Escrituras o las profecías. Buscan mantenerse en ese estado de emoción intensa —lo que hoy podría llamarse un estado de "hype" o pico emocional—, casi como una droga que altera cuerpo, mente y conciencia. El servicio religioso que carece de un componente sensacional no les resulta atractivo, y un mensaje dirigido a la razón no encuentra eco en ellos. Esto constituye no solo un falso reavivamiento, sino una falsa conversión: si nos fastidia el estudio de la Palabra, si la consideramos aburrida por carecer de emociones intensas, estamos transitando ese mismo camino. Es importante aclarar que la emoción en sí misma no es mala: un verdadero arrepentimiento produce tristeza genuina, y el gozo en el Señor —del cual habla el apóstol Pablo— también es una emoción legítima. Lo condenable es la emoción artificial, no fundamentada en una experiencia bíblica real, una excitación vacía que no produce un cambio verdadero.

Una ilustración: la emoción sin cambio real

Un ejemplo reciente ilustra esta diferencia. Tras lo ocurrido en Venezuela, alguien aconsejó a un familiar mudarse de Caracas dado el riesgo evidenciado por el terremoto, mostrando la fragilidad de las construcciones humanas. La persona, impactada por el miedo del momento, respondió que lo haría de inmediato. Sin embargo, transcurridas algunas semanas, pasado el temor inicial, todo volvió a parecer normal y decidió no mudarse.

Esta es una ilustración de la emoción vacía: aquella que no produce un cambio real ni un verdadero arrepentimiento, porque el arrepentimiento debe fundamentarse en lo que Dios ha dicho, no en una emoción pasajera. Por eso, los conversos falsos no renuncian a su orgullo, a su amor al mundo ni a su pecado: no lo hacen porque nunca se les ha señalado el pecado con claridad, siendo esto consecuencia de una predicación conforme a la concupiscencia, que no produce verdadera reforma. Así, quienes sostienen que la oración "limpia" el cerdo continúan comiéndolo sin restricción, pero ello no anula sus consecuencias: años después pueden padecer enfermedad o incluso morir a causa de ello. La oración no limpia lo que la ley declaró inmundo cuando la práctica no está fundamentada en la Escritura, sino en la fábula.

El verdadero y el falso reavivamiento en la profecía

Proféticamente, la Biblia anuncia en Apocalipsis 18 un verdadero reavivamiento: "Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria" (v. 1). Este ángel representa un movimiento religioso mundial de gran poder —comparable al de los apóstoles en Pentecostés— cuya luz alcanza al mundo entero: un verdadero reavivamiento profetizado, en armonía con las características ya descritas: arrepentimiento, tristeza, restitución, confesión y reforma en la vida, la alimentación, el vestir y el pensamiento. Consciente de que este gran reavivamiento verdadero ha de venir,

Satanás ha intentado y sigue intentando producir una falsa imitación con las características ya mencionadas. Este falso reavivamiento también está profetizado, en Apocalipsis 13:13: "Y hacía grandes señales, de tal manera que aun hacía descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres." Este pasaje se corresponde con lo leído en Mateo 7: milagros, expulsión de demonios, profecía y falso hablar en lenguas. El fuego descendido del cielo evoca el Pentecostés verdadero, en el que el Espíritu Santo se manifestó como fuego; lo que Apocalipsis 13 anuncia es que se permitirá un falso pentecostalismo, correspondiente a este falso reavivamiento.

El fenómeno actual

Esto es lo que actualmente está ocurriendo en las iglesias. En España, por ejemplo, los medios católicos han manifestado inquietud ante el crecimiento de las iglesias pentecostales, atribuyéndolo a la pérdida de la propia cultura frente a lo que describen como sectas latinoamericanas. Sin embargo, lo cierto es que se trata de un crecimiento de movimientos que podrían calificarse de antinomianistas, pues los pentecostales sostienen que la ley de Dios ha sido abolida y que basta la oración para "limpiar" lo que la ley declara inmundo.

Cabe entonces preguntarse: quienes se unen a estas iglesias, ¿son personas que se arrepienten de su pecado y desean guardar los mandamientos de Dios, o son personas convencidas por fábulas, con apariencia de piedad? Si los predicadores de estas iglesias enseñan un falso reavivamiento, los conversos resultantes serán, en consecuencia, falsas conversiones. Este falso

reavivamiento y esta falsa imitación se están cumpliendo ya en nuestros días.

La raíz del asunto: la ley como espejo

¿Cuál es entonces la raíz de todo esto? Lo hemos visto tanto en 2 Timoteo como en Mateo 7. En Timoteo, Pablo señala que no soportarían la sana doctrina, es decir, la Escritura. En Mateo, Jesús resume: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre... Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre... y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mateo 7:21-23).

En el texto griego original, donde la versión en español dice "hacedores de maldad", aparece la palabra anomía, compuesta por el prefijo a (sin) y nomos (ley). Es decir, "apartaos de mí" se dirige a quienes viven sin ley, a quienes se oponen a la ley de Dios y no aceptan su vigencia y, por tanto, no la guardan.



Aquí radica la clave de un verdadero reavivamiento. Cuando se llama a alguien al arrepentimiento, la pregunta lógica que surge es: ¿de qué debo arrepentirme? Si se responde que de sus pecados, la siguiente pregunta natural es: ¿qué es pecado? El pecado es, bíblicamente, transgresión de la ley. Pero si, según cierta doctrina, la ley ha sido abolida, entonces el pecado queda definido únicamente por lo que cada predicador determine que lo es, resultando en definiciones distintas según el grupo. En consecuencia, el converso de tales grupos no se arrepentirá de sus verdaderos pecados, sino de aquello que el predicador señale, careciendo de un concepto genuino del pecado y de la ley de Dios. Nosotros, en cambio, debemos predicar que hay que arrepentirse de los pecados, y que estos son señalados por la ley de Dios: los diez mandamientos, vigentes, indican cuáles son nuestros pecados. La ley no salva, pero muestra dónde está la falta, como un espejo. El espejo permite ver la suciedad en el rostro, pero no la limpia; para ello se requiere agua y jabón. De igual manera, la ley señala el pecado, pero la salvación no consiste en guardarla, sino que ella nos conduce al agua —la Palabra y el Espíritu— y al jabón —Cristo—, que limpian esa suciedad.

Si el espejo no es el correcto, la persona limpiará solo una parte y dejará otra sucia, y llegará el momento en que, presentándose ante el Señor, escuchará: "Apártate de mí", porque no limpió todos sus pecados, porque siguió obrando iniquidad, porque se aferró a algún pecado del cual nunca se arrepintió, ni confesó, ni restituyó. Que esto no suceda con ninguno de nosotros es la razón por la que necesitamos comprender bien todo lo aquí expuesto.

FLORENCE NIGHTINGALE

EGW en *The Health Reformer*,

1 de julio de 1871



Sus puntos de vista sobre la habitación del enfermo—El aire bueno y malo—La vestimenta

Es con placer que copio las siguientes buenas palabras de un gran volumen titulado "Mujeres Eminentes de esta Época". El bosquejo histórico de Florence

Nightingale es presentado por James Parton. Hablando de su libro, titulado Notas sobre Enfermería, el Sr. Parton dice: "El deber principal de una enfermera", dice ella, "es simplemente este: mantener el aire que respira el paciente tan puro como el aire exterior, pero sin enfriarlo". Este, insiste, es el punto principal, y es tan importante que si se atiende adecuadamente a eso, se puede dejar casi todo lo demás a la naturaleza. Ella enfatiza con gran fuerza la necesidad absoluta, y el maravilloso poder curativo, de la limpieza perfecta y la luz brillante. Su pequeño capítulo sobre el ruido en la habitación del enfermo, en el que muestra cuán necesario es que un paciente nunca sea sobresaltado, perturbado o inquietado, es sumamente admirable y conmovedor. Ella parece haber penetrado en la misma alma de las personas enfermas, y tener un sentido tan vivo de cómo se sienten, qué les gusta, qué les causa dolor, qué obstaculiza o retrasa su recuperación, como si ella misma fuera la inválida cuyo caso está describiendo. Si no hubiera hecho nada más en su vida que producir esta pequeña obra sabia, amable y directa, merecería la gratitud del hombre sufriente. El libro, además, aunque notablemente libre de alusiones directas a sí misma, contiene mucho material biográfico. Vemos a la

mujer en cada página: la mujer que no da nada por sentado, a quien el sofisma no puede engañar, que mira las cosas con sus propios ojos honestos, reflexiona sobre ellas con su propia mente intrépida y habla de ellas en un buen y directo inglés al estilo Nightingale.

Ella siempre regresa a su gran posición fundamental, el poder curativo del aire fresco y puro. "La enfermedad", señala, "no es un mal, sino una bendición; es un proceso reparador: un esfuerzo de la naturaleza para deshacerse de algo hostil para la vida". Siendo este el caso, es de suma importancia eliminar lo que ella considera la causa principal de la enfermedad: la inhalación de aire venenoso. Ella se burla con desdén de la hipocresía impía, tan a menudo empleada para consolar a los padres afligidos, de que la muerte de los niños es una "misteriosa dispensación de la providencia". No hay tal cosa. Los niños perecen, nos dice, porque están apiñados en aulas escolares sin ventilación y duermen de noche en dormitorios no ventilados. "Una falacia extraordinaria", dice, "es el temor al aire nocturno. ¿Qué aire podemos respirar por la noche sino aire nocturno? La elección es entre el aire puro nocturno del exterior y el aire viciado nocturno del interior. La mayoría de las personas prefiere este último. ¡Una elección inexplicable! Una ventana abierta, la mayoría de las noches del año, nunca puede lastimar a nadie". "Mejor", señala, "cerrar las ventanas todo el día que toda la noche". También sostiene que la razón por la que las personas hoy en día, especialmente las damas, son menos

robustas de lo que eran antes, es porque pasan la mayor parte de sus vidas respirando veneno. Sobre este punto se expresa con gran fuerza. "...y, sin embargo, las personas que van a casarse y a traer más de estos al mundo, no consultarán nada más que su propia conveniencia en cuanto a dónde han de vivir o cómo han de vivir". De nuevo dice, dirigiéndose a los padres: "¿Por qué debe un niño tener sarampión? Si creyeran en y observaran las leyes para preservar la salud de las casas, que inculcan la limpieza, la ventilación, el encalado y otros medios (y que, por cierto, son leyes), tan implícitamente como creen en la opinión popular (porque no es más que una opinión) de que su hijo debe tener epidemias infantiles, ¿no creen que, en general, su hijo tendría más probabilidades de escapar por completo?".

La señorita Nightingale es enemiga de la crinolina, cuyo uso califica de "una costumbre absurda y espantosa". "El vestido de las mujeres", añade, "las está incapacitando cada día más y más para cualquier misión de utilidad en absoluto. Es igualmente inapropiado para todos los propósitos poéticos y domésticos. Un hombre es ahora un ser más hábil y mucho menos objetable en la habitación de un enfermo que una mujer. Obligada por su vestido, toda mujer ahora se arrastra o se contonea; ¡solo un hombre puede cruzar el piso de la habitación de un enfermo sin hacerla temblar! ¿Qué ha sido del paso ligero de las mujeres: el paso firme, ligero y rápido que hemos estado pidiendo?".

Muchos hombres y mujeres han escrito de manera independiente, veraz, sabia y bien, sobre la importancia de los hábitos correctos para la recuperación de los enfermos y la preservación de la salud de quienes la disfrutan. Pero, a juzgar por los malos hábitos casi universales de la gente, uno podría concluir razonablemente que no leyeron lo que se había dicho bien sobre el tema de la vida y la salud, o si lo hicieron,

lo que leyeron no influyó en absoluto en su vida práctica. La verdad es que las masas son guiadas ciegamente por los médicos populares, quienes son los últimos hombres en involucrarse en la labor de informar a la gente. Su fortaleza reside en la confianza supersticiosa de la gente en sus dosis. Si enseñaran a la gente cómo vivir para mantenerse sanos, su práctica se arruinaría. Pero nos regocijamos al ver indicios de que muchos están despertando al alegre pensamiento de que es su privilegio aprender cómo vivir para mantenerse fuera del alcance del médico, y que el aire puro, el agua pura, la tranquilidad, la abstinencia de medicamentos y una dieta adecuada son los mejores medios que se pueden emplear para la recuperación de quienes sufren de problemas de salud.

E. G. W.



LA CUESTIÓN ORIENTAL Y LAS SEÑALES DEL FIN

Daniel capítulo 11.40-45

John García

Introducción

Concluimos esta semana temática dedicada a conocer la verdad presente, esa verdad que Dios ha inspirado y declarado útil, recordando que son bienaventurados los que leen, oyen y guardan las palabras de esta profecía, porque el tiempo está cerca. Nos encontramos en la fase final del libro de Daniel, donde, según vimos ayer en la primera parte del capítulo 11, el Señor revela a Daniel, por medio del ángel Gabriel, lo que está escrito en el libro de la verdad.

Hemos estudiado el recorrido desde los reyes de Media-Persia, pasando por el rey de Grecia y sus cuatro generales, hasta Roma. En cada caso, Dios dio oportunidad a los reinos del mundo de manifestar su carácter, y cuando llegaron a un punto sin retorno, los quitó y puso otros, cumpliendo el principio de que Dios quita y pone reyes. También confirmamos el segundo principio: Dios revela lo oculto y da sabiduría a los sabios y ciencia a los entendidos, tal como hizo con Daniel y con los reyes sucesivos a quienes fue dada la oportunidad de gobernar. Después de Media-Persia vino Grecia, luego los cuatro reinos griegos, después Roma pagana y Roma papal, y por último otro poder que se levantó: el ateísmo, representado por la Francia atea, el rey ensoberbecido. Esto nos

condujo hasta el versículo 40, que dice: "Al cabo del tiempo, el tiempo del fin, el rey del sur se acorpeará con él, y el rey del norte levantará contra él como tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchos navíos; y entrará por las tierras, inundará y pasará."

El tiempo del fin y el enfrentamiento entre el sur y el norte

"Al cabo del tiempo, en el tiempo del fin" representa indudablemente 1798, el mismo año señalado en Daniel 7, donde sí aparecen los tres tiempos y medio: el cuerno pequeño papal, que comienza en 538, tiene una duración de 1260 días y culmina en 1798. No es casualidad, sino plan divino, que el mismo cuerno francés que ayudó a establecer al papado en 508 —al quitar el poder pagano— sea quien le quite el poder político al papado en 1798. Esa misma Francia atea, el rey ensoberbecido, se lanza además en una guerra hacia el sur: el directorio que dominaba la revolución francesa ordenó a Napoleón invadir Egipto, el rey del sur. Napoleón depone al papado en febrero, recibe la orden de invadir Egipto en marzo, y en julio de ese mismo año toma Alejandría, libra la decisiva batalla de las Pirámides y conquista El Cairo. De esta forma, el

rey del sur se acornea con el rey ensoberbecido.



El versículo indica también que el rey del norte se levantaría. Hasta ahora, los versículos estudiados se habían centrado en Occidente —Roma pagana, Roma papal, el continuo, la prevaricación asoladora, las naves de Quitín en el norte de África y el Mediterráneo europeo— y no mencionaban al rey del norte ni al rey del sur, salvo en referencia a los reinos griegos y a Roma pagana. Tras la fase del quebrantamiento del pacto por el

príncipe, estos reyes no volvieron a mencionarse hasta que el versículo 40 retoma el protagonismo del Medio Oriente.

Para este momento, el rey del norte ya no es el imperio de Justiniano, pues el imperio romano de Oriente fue conquistado por el islam, por las tribus surgidas tras Mahoma, que dominaron el Medio Oriente, Jerusalén y Constantinopla —cuya caída ocurrió en 1453-1454—. El rey del norte es entonces el imperio turco otomano, que se levanta contra Napoleón cuando este invade y domina Egipto, declarando la guerra a Francia el 11 de septiembre de 1798, guerra que se extiende hasta 1799. El 27 de febrero de ese año, Napoleón marcha del Cairo a Siria con 18.000 hombres, toma el fuerte de El-Arish y luego Jafa —el Jope bíblico—, saliendo victorioso allí.

El versículo continúa señalando que el rey del norte se levanta "como tempestad, con carros y gente de a caballo", pues un ejército turco estaba atrincherado en San Juan de Acre, junto con enjambres de musulmanes reunidos en las montañas de Samaria, listos para caer sobre los franceses. Paralelamente, "muchos navíos" entrarían: aparecen barcos ingleses, aliados de los turcos, que destruyen la maquinaria de guerra que Napoleón había enviado desde Francia hacia Egipto, sumándose después la flota turca junto con barcos ingleses y rusos. Napoleón finalmente capitula el 21 de mayo de 1799, cumpliéndose así Daniel 11:40. El versículo añade que el rey del norte "entrará por las tierras, inundará y pasará", lo cual representa cómo Turquía recuperó los territorios que Napoleón le había arrebatado.

Los territorios que escapan y la expansión hacia Egipto

El versículo 41 dice: "Vendrá a la tierra deseable, y muchas provincias caerán; mas estas escaparán de su mano: Edom y Moab, y los príncipes de los hijos de Amón." La tierra deseable no se refiere al pueblo, sino a la tierra de los judíos, Jerusalén y las provincias vecinas de Edom y Amón. Esto representa la reconquista turca de los territorios que Francia le había quitado; sin embargo, en esa campaña, Edom, Moab y Amón escaparon de su mano. En lugar de conquistarlos, se les impuso un tributo anual de 40.000 coronas de oro, según los historiadores, asegurando así que las caravanas de peregrinos hacia La Meca pudieran transitar esos desiertos con seguridad.

Los versículos 42 y 43 continúan: "Asimismo extenderá su mano a las otras tierras, y no escapará el país de Egipto. Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto, de Libia y de Etiopía, por donde pasará." Esto representa cómo, con el apoyo de Inglaterra tras retirar a Napoleón del control del Cairo y Alejandría, Turquía recuperó el dominio sobre Egipto, el rey del sur, también musulmán, que quedó subyugado al imperio otomano. Los tesoros representan la carga financiera impuesta sobre el vasallo egipcio Mehmet Ali por el sultán, carga que se convirtió en fuente constante de fricción entre el rey del sur y el rey del norte. Esta fricción, centrada en la economía y los impuestos, provocó que el bajá de Egipto se rebelara y estuviera a punto de tomar el control sobre el rey del norte, destruyendo en 1838-1839 todos los barcos que Turquía había enviado. Esto desestabilizó de tal manera la región que las potencias europeas tuvieron que

intervenir, tomando el control del conflicto y sometiendo a Turquía a su tutela, evitando así el fin del poder otomano. Elena de White comenta este evento —el 11 de agosto de 1840— en El conflicto de los siglos como cumplimiento de la profecía de la sexta trompeta, que se estudiará en su momento.

Daniel 11:44: noticias del oriente y del norte

Llegamos así al versículo 44, en el cual nos encontramos actualmente, cumpliéndose desde 1840 y aún en proceso: estamos situados en la perspectiva de Daniel 11:44, a punto de entrar en Daniel 11:45. Dice el versículo: "Pero noticias del oriente y del norte lo espantarán, y saldrá con grande ira para destruir y matar a muchos." Al oriente del imperio turco otomano se encuentra Persia, hoy Irán; al norte, Rusia. Estas noticias espantarían al rey del norte, Turquía, quien saldría con gran ira para destruir y matar a muchos.

Esto comenzó a cumplirse con la guerra de Crimea (1853-1856): el sultán turco, turbado por las actitudes de Persia y Rusia, reaccionó con impetuosidad declarando la guerra a Rusia, a pesar de que el imperio turco ya era considerado "el enfermo de Oriente" debido a su debilidad y a la reciente amenaza del bajá de Egipto. Aun así, esta declaración de guerra obligó nuevamente a Inglaterra y Francia a intervenir en su auxilio. Desde entonces, los mismos elementos —Rusia al norte, los persas al oriente y Turquía dominando Constantinopla, Irak, Siria y Jerusalén— permanecieron en juego. La guerra ruso-turca se repitió en 1877-1878, cuando los rusos avanzaron hacia los Balcanes; el Tratado de San Estéfano resultó en la pérdida de territorios



otomanos, pero el imperio se mantuvo en pie gracias a la nueva intervención de las potencias europeas, cuyo objetivo era evitar que Rusia tomara el control de Constantinopla. A partir de entonces, este asunto se bautizó como "la cuestión oriental".

La cuestión oriental según los pioneros

Esta es una verdad que ha permanecido oculta, desechada por la apostasía omega, la cual no solo ha renunciado a doctrinas fundamentales, sino también a los hitos proféticos correctos, entre ellos la interpretación de Daniel 11:40-45.

Urias Smith, en su libro *Daniel y Apocalipsis* de 1897, planteó la pregunta de qué es la cuestión oriental, señalando que, aunque no es fácil definirla pues significa cosas distintas para Rusia, Francia o Austria, puede reducirse a esto: la expulsión de los turcos de Asia y la lucha por su territorio.

Alonzo T. Jones, en un folleto titulado *La cuestión oriental*, publicado en la

revista *Medical Missionary* en 1906, escribió que, expresada brevemente, toda la cuestión de Oriente surge del plan de Rusia de poseer Constantinopla y los esfuerzos de las demás potencias europeas por evitarlo. Añadió que durante más de mil años Rusia ha deseado Constantinopla, y que en una ocasión prácticamente la tuvo, hasta que un movimiento de Gran Bretaña, junto con otras potencias, se lo impidió, dando origen así a la cuestión oriental. En el mismo artículo, Jones explicó que la cuestión oriental es principalmente la responsabilidad asumida por las cuatro grandes potencias de Europa occidental respecto a Turquía, con el fin de evitar que Rusia poseyera permanentemente Constantinopla.

Urias Smith, en el mismo libro, señaló en 1897 que la frontera de Turquía en Europa se había reducido por todos lados hasta ser apenas la sombra de lo que era 60 años atrás, resultado de la política y la lucha de Rusia durante más de medio siglo, frente a los esfuerzos de otras potencias por mantener la integridad del imperio turco. Observó

que Turquía en Europa se marchitaba, retrocediendo hacia Asia, y que existía un destino manifiesto visible en la historia de esos 50 años.

El testimonio de Elena de White

Contrario a la idea difundida de que Elena de White se oponía a los pioneros, sus escritos muestran que siempre apoyó sus interpretaciones. En una cita de Testimonios, tomo 4, fechada en agosto de 1877 —en el contexto de la guerra ruso-turca de ese año—, relata un domingo en que barcos y trenes llevaron multitudes a un campamento, y que el hermano Urías Smith habló por la mañana sobre la cuestión oriental, tema que despertó especial interés y viva atención en la audiencia. Una cita relacionada, publicada un mes después en la *Review and Herald*, amplía el relato: el anciano Smith habló sobre la cuestión oriental, tema de especial interés que la gente escuchó con la mayor atención, "pareciendo ser justo lo que querían escuchar"; por la tarde, ante una multitud tan numerosa que resultó difícil llegar al escritorio, la carpa estaba completamente llena y miles permanecían de pie alrededor formando un muro viviente. En ningún momento aparece ella mostrando desdén hacia esta interpretación; por el contrario, recomendó el libro *Daniel y Apocalipsis* de Urías Smith como portador de gran luz que debía distribuirse por el mundo entero.

Desarrollo histórico hasta la actualidad

Desde la guerra ruso-turca, en la que los pioneros estuvieron presentes, el mismo espíritu ha continuado manifestándose. En 1946, tras la Segunda Guerra Mundial, ocurrió la crisis de los

estrechos de los Dardanelos: la Unión Soviética presionó a Turquía para compartir el control de los estrechos y establecer bases militares, lo que llevó a Turquía a buscar auxilio en Estados Unidos e ingresar a la OTAN. A partir de este momento, Estados Unidos se sumó a las potencias occidentales que sostienen al "enfermo de Oriente", cumpliendo lo señalado en El conflicto de los siglos respecto a la sexta trompeta y en Daniel 11:44.

En 2008 y 2014 se produjeron conflictos en el Cáucaso y en Crimea por la intervención rusa en Georgia y la anexión de la península de Crimea, interpretados como un repunte de los planes expansionistas rusos en el mar Negro que perturban la región bajo influencia turca. La invasión rusa de Ucrania en 2022 se vincula también a estas "noticias del norte", pues incrementó el poder ruso en el mar Negro, disminuyendo el de Turquía en la región. Aunque han pasado más de cien años desde el origen de la guerra ruso-turca en 1870, los elementos y protagonistas siguen siendo los mismos: Rusia buscando dominar el mar Negro y Constantinopla, y Turquía impidiéndolo mientras lidera a los musulmanes chiítas.

El desenlace profético: Daniel 11:45

El versículo 45 declara: "Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares, en el monte glorioso del santuario; y vendrá hasta su fin, y no tendrá quien le ayude." Como se ha señalado, el rey del norte ha sido ayudado —primero por Europa en 1840 en la cuestión oriental, para evitar que "el enfermo de Oriente" llegara a su fin, y más recientemente por Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial—. Pero Rusia y Persia

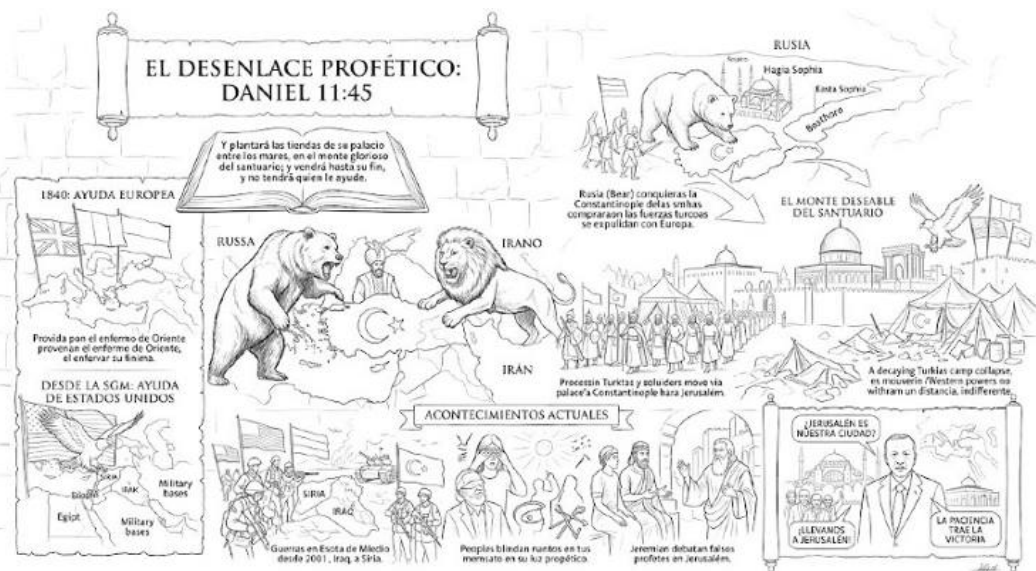
(Irán) continúan buscando su expansión, perturbando a Turquía desde el norte y el oriente. Finalmente, Rusia logrará su objetivo de dominar Constantinopla, expulsando al poder turco de Europa. Esto provocará que Turquía traslade su sede a Jerusalén, al monte deseable del santuario, y en ese momento, sin ayuda de ningún poder occidental, llegará a su fin.

Este desenlace se refleja en los acontecimientos actuales: Estados Unidos involucrado en guerras en el Medio Oriente desde 2001, y Rusia y Turquía presentes en ese mismo escenario. Muchos observan estos eventos, pero pocos los comprenden, por haber rechazado la luz que Dios dio a su pueblo hace más de cien años, perdiéndose en simbolismos inexistentes, pues Daniel 11 no es simbólico. Esto es paralelo a lo que ocurrió con Daniel y sus amigos en Babilonia: mientras el resto de los judíos, sin luz profética, seguía a falsos profetas —como se documenta en la lucha entre Jeremías y los falsos

profetas que alentaban la resistencia contra Babilonia—, Daniel y sus amigos, al no contaminarse, recibieron sabiduría y ciencia de Dios.

Erdogan y Jerusalén

En cuanto al interés actual de Turquía por Jerusalén, el presidente Recep Tayyip Erdogan ha hecho declaraciones explícitas al respecto, afirmando que "Jerusalén es nuestra ciudad", basándose en los cuatro siglos de dominio otomano en la región. En octubre de 2020 declaró ante el parlamento que es posible encontrar rastros de la presencia otomana en Jerusalén y que la apariencia actual de la ciudad es obra de Solimán el Magnífico. En diciembre de 2024, durante un mitin, sus seguidores gritaron pidiendo ser llevados a Jerusalén, a lo que Erdogan respondió: "La paciencia trae la victoria." Muy pocos predicadores adventistas están abordando este tema. Erdogan también ha vinculado la conversión de la mezquita de Santa Sofía en 2020 como



paso previo para la liberación de la mezquita de Al-Aqsa en Jerusalén, declarándose defensor de los lugares santos de la ciudad.

Las señales finales

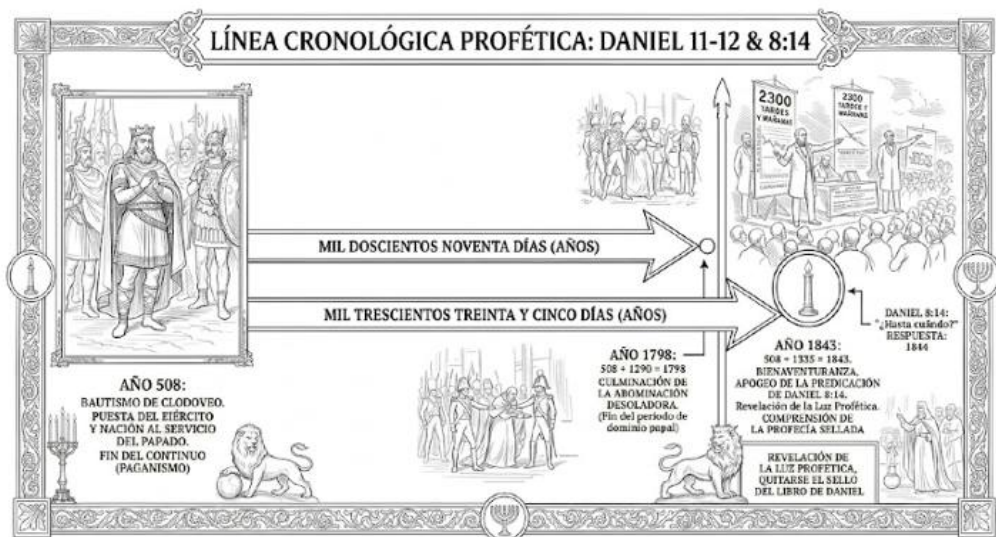
Cuando estos eventos sucedan —cuando Turquía sea expulsada de Constantinopla y se traslade a Jerusalén —, llegará el fin, pues Daniel 12:1 declara: "En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo." Miguel es Jesucristo, y que se levante significa que ha tomado el reino, que la piedra ha sido cortada, que el reino ha sido dado a los santos según Daniel 7, y que Jesucristo ha terminado la purificación del santuario profetizada en Daniel 8. El versículo añade que habrá tiempo de angustia, pues al levantarse Miguel y tomar el reino finaliza su obra sacerdotal; se sueltan entonces los cuatro vientos —las plagas— sobre los impíos, quienes decretan la muerte de los justos, decreto que constituye el tiempo de angustia. Sin embargo, el pueblo de Dios será librado en ese tiempo.

El versículo 2 declara que los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, representando la resurrección especial que ocurre al comenzar el tiempo de angustia. El versículo 3 anuncia que los entendidos resplandecerán, refiriéndose a quienes comprenderán y predicarán estas cosas. El versículo 4 indica que Daniel debía cerrar las palabras y sellar el libro hasta el tiempo del fin —esa porción, junto con Daniel 8, permaneció cerrada hasta 1798, año a partir del cual se abre el libro y se multiplica la ciencia de la profecía.

En los versículos 5 al 7, Daniel ve a dos varones a orillas del río, uno de los cuales pregunta cuándo será el fin de estas maravillas; el varón vestido de lino jura que será por tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo —tres años y medio—, marcando el fin de la dispersión del pueblo santo. Daniel confiesa no haber entendido, y se le repite que las palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin, que muchos serán limpiados y emblanquecidos, y que los impíos obrarán impiamente sin entender, mientras los entendidos sí comprenderán.

Los 1290 y los 1335 días

Los versículos 11 y 13 presentan una parte clave relacionada con Daniel 11:31: "Y desde el tiempo que fuere quitado el continuo... hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días." El continuo fue quitado en 508, y sumando 1290 días llegamos también a 1798. Pero el versículo añade: "Bienaventurado el que espere, y llegue hasta mil trescientos treinta y cinco días." Estos dos períodos —1290 y 1335 días— no aparecen en ninguna otra parte de la Biblia, y su punto de partida, 508, corresponde al bautismo de Clodoveo, cuando puso su ejército y su nación al servicio del papado, dejando el paganismo. Sumando 1335 días a partir de 508 se llega al año 1843, fecha para la cual se anuncia una bienaventuranza: la misma bienaventuranza de Daniel 8, relacionada con la pregunta de hasta



cuándo duraría la visión del continuo y el pisoteo del santuario por la prevaricación asoladora, cuya respuesta es 1844.

En 1843 se alcanzó el mayor apogeo de la predicación del mensaje de Daniel 8:14, de las 2300 tardes y mañanas. Quienes vivieron en ese año fueron parte de esa bienaventuranza: la revelación de la luz profética, al quitarse el sello del libro de Daniel y comprenderse una profecía que ni el mismo Daniel había entendido.

Conclusión: confirmación del remanente

Todo esto confirma nuestra obra, nuestro ministerio y nuestra identidad como remanente, pues reafirma que el adventismo verdadero, el adventismo original de los pioneros, es correcto no solo en sus doctrinas, sino también en sus

hitos e interpretaciones proféticas. Quienes comprenden estas profecías están en la bienaventuranza mencionada; el resto permanece en tinieblas. Muchos hoy desconocen incluso la resurrección especial, y quienes conocen las fechas de 1290 y 1335 días suelen ubicarlas erróneamente en un cumplimiento futuro, cayendo en el futurismo. Pero los entendidos —el pueblo remanente que reconoce que Dios levantó a los pioneros y les dio esa luz, y que ha confirmado por sí mismo esa misma luz— forman parte de la bienaventuranza. Es importante repasar todas estas cosas y perseverar en su estudio hasta comprenderlas plenamente, para ser de los entendidos, de los que enseñan justicia a la multitud y de los que resplandecen como el resplandor del firmamento.

¿Has recibido el mensaje de 1888?



Introducción: un llamado a la autoevaluación

El tema de esta tarde plantea una pregunta: ¿Has recibido el mensaje de 1888? Esta pregunta busca inspirar a cada uno a evaluarse a sí mismo —no a otros— mediante un auto-examen que determine si hemos recibido el mensaje y si estamos andando en él, el mensaje de la justificación por la fe. Ese es el objetivo del estudio de hoy: hacer un breve repaso de dicho mensaje para que podamos evaluarnos y reconocer lo verdaderamente importante en el adventismo, el corazón mismo del mensaje del tercer ángel, más relevante que cualquier otra doctrina o experiencia. Este examen también nos permitirá continuar avanzando en el camino ya emprendido. El sábado pasado estudiamos la exégesis de M. L. Andreasen, con el objetivo de mostrar en qué punto traicionó el mensaje de 1888. Pero antes de evaluar el mensaje que otros predicadores adventistas del pasado dieron —si fueron continuadores o traidores del

mensaje de 1888—, conviene recordar en qué consiste íntegramente el mensaje de la justificación por la fe, comenzando por evaluarnos a nosotros mismos hoy para estar preparados en el futuro.

La importancia del mensaje

Debo afirmar, para que no quede duda, que el mensaje dado en 1888, el mensaje de la justificación por la fe, es más importante que el mensaje de la deidad, más importante que el mensaje del Dios verdadero. Para sustentar esto, examinemos una cita muy conocida de Testimonios para los ministros, páginas 91 y 92, que resume la importancia de este mensaje, siempre que se estudie e interprete en su contexto —como corresponde tanto a la Biblia como a los escritos del espíritu de profecía—, evitando así las conclusiones erróneas a las que ha llegado la corporación y muchos adventistas.

La cita dice así: "En su gran misericordia el Señor envió un preciosísimo mensaje a su

pueblo por medio de los pastores Waggoner y Jones." Debemos ubicar el contexto: esta cita corresponde a 1888-1889, y "su pueblo" se refiere a la Iglesia Adventista de esa época, no a la de 2026. Aquella iglesia era completamente antitrinitaria, firmemente establecida en la verdad del Padre y del Hijo, sin duda ni disidencia al respecto. Sin embargo, Dios envió a ese pueblo, por medio de Waggoner y Jones, un mensaje que debía presentar de forma más destacada al sublime Salvador, el sacrificio por los pecados del mundo entero, la justificación por la fe en el garante, invitando a la gente a recibir la justicia de Cristo, la cual se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos de Dios. El objetivo del mensaje era, pues, presentar a Jesucristo de una forma más destacada de lo que lo habían presentado hasta entonces los pioneros adventistas no trinitarios.

Las tres partes del mensaje según EGW

La cita revela tres elementos: primero, presentar la persona de Cristo; segundo, la justificación por la fe en Cristo; y tercero, invitar a la gente a recibir la justicia de Cristo, de manera que esa justicia se convierta en su propia justicia. Al recibirla, se manifiesta en la obediencia a los mandamientos de Dios.

Tras exponer el objetivo del mensaje, la cita presenta la condición: los adventistas de 1888 necesitaban dirigir sus ojos a la divina persona de Cristo, a sus méritos, a su amor inalterable por la familia humana. Todo el poder fue puesto en su mano, y él puede dispensar ricos dones a los hombres,

impartiendo el inapreciable don de su propia justicia al desvalido agente humano. Es decir, el pueblo adventista no trinitario de los pioneros necesitaba ver la divinidad de Cristo, sus méritos, y recibir su justicia. La cita concluye con una afirmación contundente: "Éste es el mensaje que Dios ordenó que fuera dado al mundo." Ningún otro. Ese es el mensaje del tercer ángel, de Apocalipsis 14, el cual ha de ser proclamado en alta voz y acompañado por el abundante derramamiento de su Espíritu: el mensaje del fuerte pregón, que será acompañado por la lluvia tardía.

Por qué este mensaje es más importante

Todo esto se refiere al mensaje de Cristo y su justicia dado por Waggoner y Jones, mensaje que no había sido predicado por los adventistas del séptimo día no trinitarios: tenían la verdad del único Dios verdadero, del Padre y del Hijo, pero no el mensaje de Cristo y su justicia.

Aquí está la razón de su mayor importancia: tenían el mensaje del Padre y del Hijo, pero no el de Cristo y su justicia —el mensaje de la lluvia tardía, del fuerte pregón y del tercer ángel—. Al ser rechazado, no recibieron la lluvia tardía. Esto demuestra que la lluvia tardía no depende de la verdadera doctrina de la deidad, pues la poseían y, sin embargo, no la recibieron. Tenían el mensaje de la deidad verdadera, pero no el mensaje de Cristo y su justicia, y por eso no vino el fuerte pregón.

Al rechazar el mensaje de Cristo y su justicia, la iglesia degeneró: cayó primero en la apostasía alfa, luego en la apostasía

omega, cuyo fruto desarrollado es hoy la iglesia corporativa. La causa de ese descalabro no fue el rechazo del mensaje del Padre y del Hijo —que ya poseían—, sino el rechazo del mensaje de Cristo y su justicia dado a través de Wagoner y Jones. El mensaje de la deidad, siendo verdadero, no fue suficiente para traer la lluvia tardía, el fuerte pregón, ni para evitar la apostasía. Por ello, el mensaje más importante que debían recibir era el de Cristo y su justicia.

El peligro de detener la reforma

Nosotros, que ya hemos regresado al mensaje de los pioneros sobre el verdadero Dios, todavía necesitamos un mensaje más importante aún, sin el cual no avanzaremos, sin el cual seguiremos sin lluvia tardía ni fuerte pregón. Hemos dado un gran paso al salir de la apostasía, de esa doctrina del vino de Babilonia, pero no podemos detenernos allí.

El gran problema de la Reforma protestante fue que dejó de reformar; el protestantismo se volvió apóstata porque dejó de protestar: alcanzó un logro y se estancó, sin avanzar más. Esto mismo está ocurriendo entre nosotros: muchos que predicán el mensaje del Padre y el Hijo ya no predicán nada más, limitándose únicamente a ese tema. Es más, un sector de quienes predicán el Padre y el Hijo está rechazando el mensaje de Cristo y su justicia, repitiendo así el error de algunos pioneros de 1888. El error de la Iglesia Adventista No Trinitaria de 1888 se está repitiendo, y no debemos ser partícipes de cometerlo nuevamente.

Estructura del mensaje: Cristo y su justicia

Habiendo hecho esta introducción, resumamos el mensaje. La cita ya presentó su estructura de tres elementos, que algunos ignoran al disecar el mensaje reduciéndolo únicamente a la justicia de Cristo: presentar de forma destacada la persona de Cristo; presentar la justificación por la fe en Cristo; e invitar a la gente a recibir la justicia de Cristo. En síntesis, el mensaje consiste en Cristo y su justicia, siendo la tercera parte que esa justicia se convierta en nuestra propia justicia.

Esta misma estructura aparece en Romanos 8:3-4, texto de nuestra lectura bíblica: "Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne." La frase "Dios enviando a su Hijo" presenta la divinidad de Cristo; "en semejanza de carne de pecado" presenta su humanidad; y "condenó al pecado en la carne" presenta su justicia: la vida de Cristo, que en obediencia al Padre vivió los diez mandamientos, condenando el pecado a permanecer en la carne sin que llegara a la mente, pues es entonces cuando se convierte en transgresión de la ley. El versículo 4 continúa: "para que la justicia de la ley fuese cumplida en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" —aquí está la tercera parte: nuestra justicia.

Cristo y su justicia: definición

Cristo y su justicia es el mensaje que Dios envió a su pueblo adventista no trinitario de

1888, esencial para recibir el Pentecostés como los discípulos del siglo primero. Consiste en tres partes: conocer a Cristo en su aspecto humano y divino; conocer su justicia, es decir, cómo vivió los diez mandamientos; y aceptar, creer y recibir a Cristo y su justicia, de modo que deje de ser "Cristo y su justicia" para convertirse en "Cristo, nuestra justicia".

La importancia de contemplar a Cristo

Consideremos por qué es importante conocer a Cristo y su justicia, a la luz de 2 Corintios 3:18: "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

Si miramos a Cristo y su justicia —que es su obediencia, su amor manifestado al prójimo y al Padre, su vida— seremos transformados. Esto es necesario porque nos hemos apartado de Dios. El pecado es transgresión de la ley, pero la ley es un trasunto o reflejo del carácter de Dios; por tanto, pecado es ir en contra del carácter, los mandamientos, el amor y la voluntad de Dios. Al pecar nos volvemos diferentes a Dios, pues llevamos el egoísmo en la carne. El objetivo del mensaje es que ese pecado sea eliminado y volvamos a tomar la semejanza de Dios: mirando a cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor —que es Cristo y su justicia— y contemplándolo con los ojos de la fe, somos transformados, pareciéndonos cada vez más a Jesús. Y si nos parecemos a Jesús, nos

parecemos al Padre, porque él dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre", y Pablo escribió que Cristo es la misma imagen de la persona del Padre. El poder que obra esta transformación es el Espíritu del Señor.

Conocer al verdadero Cristo

Por ello es importante tener clara la identidad de Cristo y contemplarlo en sus dos aspectos: su divinidad y su humanidad. Quien no conozca a Cristo tal como está revelado, o crea en un Cristo distinto al de la Biblia, será transformado a la semejanza de ese otro Cristo.

Se suele escuchar predicaciones que enfatizan la importancia de caminar con Cristo, lo cual parece bíblico, pero encierra un sutil engaño: no se menciona que Judas también caminó, vivió, durmió, comió y predicó con Cristo como los demás apóstoles, e incluso hizo milagros al ser enviado a predicar. Sin embargo, se perdió porque, a pesar de andar con el verdadero Cristo, contemplaba en su mente a un Cristo diferente: un Cristo político y guerrero que lo liberaría de la esclavitud romana. Su frustración al descubrir que Jesús no era ese Cristo que él imaginaba fue la causa de su traición. Esta es una lección que suele omitirse: es necesario estar convencidos claramente de quién es el verdadero Cristo profetizado.

La divinidad de Cristo según Waggoner

En los primeros cuatro capítulos de su libro Cristo y su Justicia, Waggoner presenta la divinidad de Cristo, su divina persona. Entre sus planteamientos: debemos honrar a

Cristo como honramos al Padre, según Juan 5:21, pues quien no honra al Hijo no honra al Padre que lo envió; hay que honrarlo porque Jesús es Dios. Es Dios porque nació de Dios en los días de la eternidad y recibió el nombre de Dios por derecho de herencia, citando Hebreos 1:4, que señala que heredó un mejor nombre. Waggoner explica que Dios tiene muchos hijos: los ángeles por creación, los cristianos por adopción, pero Cristo es Hijo de Dios por nacimiento, citando Job, Lucas y Romanos.

Así, la divina persona que debemos recibir es Cristo como hijo literal de Dios, una divinidad engendrada. Waggoner afirma también que Jesús posee todos los atributos de Dios sin excepción: es inmortal, omnipresente, omnipotente; al Hijo no le falta ningún atributo del Padre. Esto contrasta con la enseñanza de los Testigos de Jehová, quienes sostienen que Jesús es un ser creado y por tanto no es Dios — posición que también sostienen algunos adventistas que se identifican con el mensaje del Padre y el Hijo, lo cual contradice tanto el mensaje de 1888 como la Escritura. Waggoner presenta numerosos textos —Juan 1, Isaías 9:6, Salmos 45 y 50 — como evidencia de que Jesús es Dios y también el creador, según Juan 1:3.

Una precaución necesaria

Tras presentar estos argumentos en favor de la divinidad de Cristo, Waggoner añade una advertencia: no se puede exaltar a Cristo en detrimento del Padre. Cita 1 Corintios 8:6: "Sabemos que hay un solo Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas." Todas las cosas proceden finalmente de Dios el

Padre; aun Jesucristo mismo procedió del Padre, pero agradó al Padre que en su Hijo habitase toda la plenitud, siendo él el agente directo e inmediato en todo acto de creación. El objetivo es mostrar la posición precisa de igualdad de Cristo con el Padre, para que su poder de redimir sea mejor apreciado —sin que esto implique una noción trinitaria de coeternidad.

Waggoner escribió esto para una audiencia adventista en el Congreso de Minneapolis, advirtiendo que nadie que pretenda honrar a Cristo le dé menos honor que al Padre, pues eso sería deshonor al Padre en la misma medida; que todos, junto a los ángeles del cielo, adoren al Hijo sin temor de estar adorando a la criatura en lugar del Creador. Esta advertencia respondía a un temor real: algunos, en su defensa de la no trinidad, habían llegado a afirmar erróneamente que Jesús era un ser creado, cayendo en el error unicitario, y el mensaje vino a corregir esa desviación.

Los mensajeros: Wagoner y Jones

Debemos tener cuidado de no irnos a los extremos; nuestra referencia no puede ser otra que Cristo y el mensaje de su justicia, tal como Dios lo envió a su pueblo por medio de Waggoner y Jones. La revelación inspirada nombra específicamente a Waggoner y Jones como los mensajeros — no a Prescott, ni a Elena de White, ni a otros predicadores posteriores—. Cuando Elena de White identifica el mensaje del fuerte pregón con el de Waggoner, esos son los mensajeros. Si nos desviamos de ese mensaje por seguir a algún predicador actual, cometemos el mismo error que los

pioneros de 1888, y los resultados serán los mismos, porque la semilla de rebeldía sembrada entonces produjo como fruto la Iglesia Adventista corporativa actual. Si sembramos esa misma semilla, el resultado será igual: moriremos esperando la lluvia tardía que no llegó, como murieron los pioneros, pues en su tiempo ésta se pospuso por el rechazo del mensaje —aunque pudo haber venido, incluso con el desate de la ley dominical en 1888.

¿Nos ocurrirá lo mismo? Vemos amenazas similares hoy, pero la clave está en el pueblo remanente: mientras esa señal no se cumpla, el tiempo seguirá postergándose.

Necesitamos recibir el mensaje de Cristo y su justicia tal como lo predicaron Waggoner y Jones —no como lo interprete cualquier otro predicador actual—, yendo cada uno directamente a la Biblia y a los escritos originales de estos autores para examinar sus argumentos bíblicos y recibirlos por convicción propia, no de segunda mano, pues de lo contrario seguirá postergándose la oportunidad de recibir el Espíritu Santo, la lluvia tardía, no como algo reservado a un futuro indefinido, sino como algo que pudo y puede recibirse ahora.

Restauración incompleta

Debemos identificar por qué ha ocurrido lo que ha ocurrido con la iglesia y no quedarnos estancados en un solo tema. Hemos restaurado algunas verdades de los pioneros, pero faltan muchas más. Existen adventistas no trinitarios —dentro de nuestro propio círculo— que aún creen en los 6.000 años, cuando los pioneros y Elena de White enseñaron que el mensaje del

tercer ángel no depende de una fecha; que guardan fiestas, cuando a los pioneros se les reveló que no había nada que guardar al respecto; y que son unitaristas, negando que Jesús sea Dios. Hemos avanzado en un punto, pero el resto del mensaje adventista original permanece descuidado. Hay quienes son futuristas, colocando todas las profecías y tiempos proféticos en el futuro, y quienes reinterpretan los hitos proféticos. En resumen, la mayoría de los adventistas no trinitarios conservan todavía elementos de la apostasía omega, aunque se hayan despojado de la Trinidad: la justificación por las obras, la guarda de fiestas, cuestiones de fechas y una re-interpretación apóstata de los hitos proféticos. Así como la Reforma dejó de reformar sin despojarse de la Trinidad, el bautismo de infantes o la inmortalidad del alma, lo mismo ocurre entre los adventistas no trinitarios en otros aspectos: nuestra reforma consiste en restaurar lo que Dios dio a los pioneros y luego abrazar el mensaje de Cristo y su justicia dado a Waggoner y Jones. De no hacerlo, no habremos salido completamente de la apostasía omega —que, según su propia definición, involucra "nuestras doctrinas" en plural, no una sola— ni nos encaminaremos a recibir la justicia de Cristo. Con tantos residuos de esa apostasía, Dios no puede bendecirnos mientras nos aferremos a esas falsas doctrinas: seguimos con el mismo espíritu de rebeldía que la corporación, solo que en aspectos distintos —rebeldía a no poner fecha, a no guardar fiesta, a rechazar el unitarismo, a Cristo y su justicia—. Si permanecemos en esa

rebeldía, podemos llegar a convertirnos en adventistas no trinitarios apóstatas.

Este mensaje nos vuelve al punto original: es el mensaje del tercer ángel, y cuando lo aceptamos con humildad, abre las puertas de la mente y el corazón para que el Señor mismo sea nuestro maestro y nos encamine al verdadero adventismo.

Resumen de Cristo y su justicia

Terminemos con el resumen de Cristo y su justicia: su divinidad, su humanidad, su vida, su sacrificio, su sacerdocio y su reino. La justicia de Cristo corresponde a la vida de perfecta obediencia que vivió en carne de pecado por el poder de la divinidad que estaba en él; su sacrificio, que comenzó en Getsemaní y culminó en la cruz, donde recibió el castigo por el pecado —pues llevó el pecado por imputación desde su concepción, pero el castigo lo recibió en la cruz, bebiendo la copa de la ira de Dios—. Jesús, el Hijo de Dios, murió realmente —no aparentó morir ni murió parcialmente— y resucitó para nuestra justificación. Nuestra justicia: 1 Corintios 1:30.

Nuestra justicia está resumida en 1 Corintios 1:30:

"Mas de él sois vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención."

Aquí se presentan cuatro elementos. La redención ocurrirá en la segunda venida, cuando Jesús transforme este cuerpo mortal vistiéndolo de inmortalidad, librándonos de la carne de pecado. Pero antes debemos

recibir los tres elementos anteriores:

sabiduría, justificación y santificación.

Recibir a Cristo como nuestra sabiduría significa que sea nuestro maestro en la práctica, no solo en la teoría, pues él no comparte ese cargo con nadie. Mateo 23 registra sus palabras: "Vosotros no queráis ser llamados Rabí, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos." Esto significa que nuestro único magisterio se conforma de una sola persona: Cristo —así como nuestro único fundamento es Cristo, y no Pedro ni los apóstoles—. En la práctica, esto implica que no aceptaremos ninguna enseñanza hasta verla confirmada en la palabra de Dios: nuestra única regla de fe y práctica es la Biblia, inspirada por el espíritu de Cristo. Aceptar una doctrina contraria a lo que la Escritura afirma explícitamente —como negar que Jesús sea llamado Dios pese a que la Biblia así lo hace— equivale a sustituir a Cristo como maestro por otra persona, incurriendo en el mismo error que cometen los católicos al seguir a su iglesia por encima de la Escritura. Este es el primer paso para recibir la justicia de Cristo: recibirlo como maestro, conforme también a 2 Timoteo 3:15, que enseña que las Sagradas Escrituras pueden hacernos sabios para la salvación.

El segundo elemento es Cristo como nuestra justificación: aceptar su vida y su muerte en lugar de la nuestra, como escribió Pablo en Gálatas 2:20: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí." Cristo murió en nuestro lugar y pagó nuestros pecados; esa es la justificación.

El tercer elemento es la santificación: aceptar a Cristo como quien nos santifica, según su oración en Juan 17:17: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad." Así, somos justificados por oír la palabra de Dios —pues la fe viene por el oír— y somos santificados al obedecer la verdad de esa misma palabra. Todo se reduce, entonces, a la palabra de Dios: la sabiduría es la palabra de Dios; la justicia es por la fe, que viene por oír la palabra; la santificación es por obedecer la verdad de la palabra.

Esto es recibir a Cristo, nuestra justicia, cuando vivimos por la fe, conforme a Romanos 1:17: "La justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá." Y como la fe viene por el oír la palabra de Dios, el justo vivirá por la palabra de Dios —tal como respondió Jesús al tentador en Mateo 4, cuando le pidió convertir las piedras en pan:

"Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Todo se reduce, en definitiva, a la Biblia: solo ella nos da la sabiduría de Cristo, la fe que produce su justicia, y la verdad que nos santifica. No basta con tenerla en la mano; es necesario recibirla y vivir en armonía con ella, sin creer ni practicar nada que la contradiga, convirtiéndola en la regla de vida, de conocimiento y de fe, abandonando todo lo que se le oponga. Eso es vivir por fe, vivir en Cristo y su justicia.

Invitación al auto-examen

Para profundizar en lo que no alcanzamos a estudiar, se compartirá un examen de autoevaluación de 74 preguntas, ya publicado en la página web antorchaprofetica.site y disponible también por el grupo de Sendas.





AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!
*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo GRATUITAMENTE
al +34.650.86.38.11

